

ÍNDICE

BASES DEL CONCURSO	3
PREFACIO	8
UN MIÉRCOLES CUALQUIERA	10
EL CAPITÁN PIRATA	14
EL JUSTICIERO DE ENTREVÍAS.....	18
MUROS	22
COSAS DE LA VIDA	28
ESTÁ ESCRITO	34
TE CUENTO	38
LA MIRADA	42
MI ABUELA MARÍA	46
LA CARRETERA	50
RETRATO DE FAMILIA	56
ANAGNÓRISIS.....	59
AUSENCIAS	62
LISTA DE AUTORES Y LECTORES.....	66

BASES DEL CONCURSO



El Comité Organizador Palabras+, con la colaboración de la Asociación de Funcionarios Internacionales Españoles (AFIE), la Facultad de Traducción e Interpretación (FTI) de la Universidad de Ginebra, la Asociación Internacional de Traductores de Conferencias (AITC) y el Club del Libro en Español, convocan la primera edición del:

CONCURSO LITERARIO PARA TRADUCTORES E INTÉRPRETES DE GINEBRA

"De la traducción a la creación"

Un grupo de traductores al español que trabajamos para las organizaciones internacionales y otras entidades con sede en Ginebra hemos organizado este concurso para dar rienda suelta a la imaginación y la creatividad que bullen en nosotros, en mayor o menor medida, apenas recubiertas por la piel de la versión literal y la fidelidad a los textos que vertimos al español. Lo concebimos como un juego intelectual, una válvula de escape y una ocasión de regocijo en las palabras. Lo imaginamos amplio, con cabida para aquellos a los que les gusta escribir y también para quienes prefieren hacer crítica literaria. Por eso podrás inscribirte para presentar un texto o bien para leer y calificar los textos que presenten tus colegas. Será un concurso para traductores e intérpretes evaluado por colegas de la profesión.

1. TEMA DE LA PRIMERA EDICIÓN DEL CONCURSO:

"Mil palabras valen más que una imagen"

Crea un relato a partir de una imagen especial para ti por algún motivo: un momento vivido que ha dejado huella, un cuento, una historia corta que ves resumidos en esa imagen...

2. PARTICIPANTES

Podrán participar todos aquellos que tengan o hayan tenido un contrato como traductores o intérpretes en las organizaciones internacionales y otras entidades con sede en Ginebra, sean empleados permanentes, temporeros o jubilados, así como los estudiantes de traducción e interpretación de la Universidad de Ginebra.

3. PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS

Cada concursante podrá presentar un relato acompañado de la imagen que lo haya inspirado. Han de cumplirse los siguientes requisitos:

- Las obras estarán escritas en español, han de ser originales e inéditas y no habrán sido premiadas con anterioridad ni estarán pendientes de fallo en otros certámenes.
- No tendrán más de 1.000 palabras y se presentarán en formato PDF, en caracteres Arial 11 a doble espacio.
- Los relatos se enviarán por correo electrónico a la dirección palabrasmas@afie.es, indicando en "Asunto" el seudónimo del autor. Se adjuntarán al mensaje 3 ficheros: un documento Word titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_DATOS.doc en el que constarán exclusivamente el título de la obra, los datos personales del autor, su

correo electrónico y número de teléfono y una breve descripción (máximo 5 líneas) de su experiencia justificable como traductor o intérprete; un documento PDF, titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_RELATO.pdf, que contenga el relato sin firma; y un tercer fichero con la imagen que haya evocado el relato, titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_IMAGEN.jpg.

La persona encargada de la recepción de los trabajos velará por el secreto de la autoría.

4. JURADO

Si no quieres enviar un relato, pero te gustaría participar en el jurado, puedes inscribirte para evaluar los textos de tus colegas. Todos los relatos serán evaluados por varios lectores que los calificarán de 1 (puntuación mínima) a 10 (puntuación máxima). Ganará el relato que obtenga la puntuación media más alta. En caso de empate, el Comité Organizador elegirá el relato ganador.

5. INSCRIPCIONES Y PLAZOS

Puedes inscribirte como escritor enviando tu texto antes de las 12 de la noche (hora de Ginebra) del 30 de junio de 2014 a la dirección palabrasmas@afie.es.

Si quieres inscribirte como lector, envía un mensaje electrónico con tu nombre y apellidos, dirección de correo electrónico, teléfono de contacto y una breve explicación (máximo 5 líneas) de tu experiencia profesional en el mundo de la traducción o la interpretación a: palabrasmas@afie.es. El plazo para inscribirte como lector expira el

30 de junio de 2014 y el plazo para evaluar los textos termina el 15 de octubre de 2014.

6. PREMIOS

- La satisfacción de haber escrito algo que ha despertado el interés de tus colegas.
- La publicación electrónica de los mejores relatos con la imagen que los acompaña en la [página Web del concurso](#) y su difusión en otros sitios Web relacionados con la traducción y la interpretación en Ginebra.
- El autor del relato ganador recibirá un vale por un curso de un precio máximo de 250 CHF en www.escriitores.org. El segundo premio será una suscripción de un año a la revista [Letras Libres](#).

7. OTRAS CONDICIONES

- La presentación de una obra y la inscripción como lector suponen la plena aceptación de las presentes bases por parte del participante.
- El fallo del jurado, que será inapelable, se hará público en la [página Web del concurso](#) a lo largo del mes de noviembre de 2014.
- Los miembros del Comité Organizador podrán participar en el presente concurso, pero no podrán optar a ninguno de los premios.
- Se ruega dar la máxima difusión.

El Comité Organizador Palabras+

PREFACIO

Fue una idea lanzada al aire una tarde: "¿Y si invitamos a escribir un relato?".

Muchos de nosotros, casi todos, guardamos en algún rincón de la memoria algo que quisiéramos escribir. O tenemos, en el cajón en el que conservamos los retratos y las plumas rotas que nos conectan a la infancia, una historia, un poema, una evocación, torpes quizás, pero irrepetibles porque son huellas de nuestro pasado.

La escritura da otra dimensión a los recuerdos, verter al papel es vivirlos de otra manera. Así fueron llegando relatos y recibimos con emoción cada una de estas respuestas. Nuestra invitación no habrá sido inútil si ha servido para que al menos uno de nosotros, traductores e intérpretes que tenemos algún nexo con Ginebra, se decidiera al fin a llevar al papel esa historia a la que viene dando vueltas desde hace tiempo.

Este año los relatos que más han gustado a los lectores han sido: Un miércoles cualquiera (Tomás Pons) y El capitán pirata (Margarita Serrano García).

Un agradecimiento especial a la AFIE, que tanto nos ha apoyado y animado en esta empresa. Gracias también a todos los demás que han

contribuido, a los lectores y, en particular, a todos los que han querido compartir con nosotros sus relatos.

Porque siempre habrá otras historias pugnando por saltar al papel, historias que queremos ver con otros ojos y contar a los demás, nos gustaría lanzar una nueva invitación para el año que viene. ¡Hasta entonces!

Palabras+

UN MIÉRCOLES CUALQUIERA



Había terminado ya la hora de gemidos ondulantes, rumor de sábanas de raso y sudores entremezclados. Ahora, en la penumbra, se anudaba meticulosamente los zapatos y con sus mortecinos ojos miraba de soslayo la puerta de salida donde pendía su chaqueta. Se despidió de ella casi inadvertidamente. Una ligera presión de su antebrazo le bastó

para comprobar que la cartera seguía en su sitio. Sabía que ninguna precaución está de más cuando se va a ese tipo de lugares. Apenas un minuto y medio más tarde se encontraba en la ruidosa y todavía soleada calle donde seres apremiados luchaban contra el impasible tiempo y el rígido espacio en la ansiada hora de cierre de oficinas y pequeños negocios, de la estampida hacia los hogares o grandes almacenes aún abiertos. Su sosegado caminar, su silencio y su mirada apacible contrastaban con el brío de los transeúntes, los cláxones de los automóviles y los iracundos ojos de los conductores. Caminó unos metros hasta donde lo esperaba su Mercedes, que cambiaba cada dos años, un capricho transformado en préstamo vitalicio que le costaba un quince por ciento de su sueldo neto, como si fuera una pensión alimenticia. Aunque en realidad nunca se separó; su hijo está en la universidad, en otra ciudad, y la mamá de ese hijo en casa, quizás un poco preocupada por el retraso de su marido. Antes le angustiaba que su mujer llamase al despacho, pero gracias a la nueva tecnología y después de un largo proceso de explicaciones astutas y excusas sutiles ahora sólo le llama al telefonillo (así llama a su teléfono móvil desde las vacaciones en Palermo). Mientras se abrochaba el cinturón comprobó que efectivamente nadie le había llamado. El trayecto le llevaría unos veinte minutos. Durante el recorrido se acordó de las primeras veces, cuando vagaba por esas decadentes calles en busca del encuentro en cierto modo fortuito con unos ojos atrayentes entre esas falsas e impúdicas sonrisas que lo acechaban sin cesar con resignado indecoro y forzado atrevimiento mientras él pasaba por su lado tranquilamente, como quien no quiere la cosa, regalando algún tímido gesto con su cabeza hasta que, resuelto, acababa en un aplanante cuartucho de perfume añejo y dulzón situado, por lo general, a escasos metros del lugar de encuentro. Más de una vez su indecisión le había causado un buen resfriado. Pero eso fue antes de que le recomendaran los lugares un poco más caros y discretos y aprendiera a reconocerlos

en los anuncios del periódico. Por el contrario, nunca lo intentó con esas chicas que suben al coche: el coche se lo cuida mucho. En el trayecto se siente bien, tranquilo, para nada compungido. Atrás quedó la época de los remordimientos después de cada una de sus escapadas; ahora sale de esos lugares como del supermercado. También pasó la inquietud sobre los extraños olores que pudiese detectar su mujer: los más de nueve años de experiencia en los que nunca se había puesto en evidencia demostraban que toda desazón al respecto está más que injustificada. Sin embargo nunca pudo superar el miedo a que su mujer se abalanzara ineludiblemente sobre él esa misma noche. Hacía tiempo que no se daba tan fatal e indignante coincidencia.

Absorbido en sus pensamientos el trayecto se le hizo muy corto. Aparcó el coche en su plaza privada del sótano y cogió del asiento trasero su maletín, que por un hábito inexplicable lo llevaba de casa a la oficina y viceversa, a veces sin siquiera abrirlo. Sus pasos resonaron fuertemente en el silencioso sótano. Ahora ya está frente a la puerta del ascensor e introduce la llave para llamarlo. Desde el tercer nivel tiene que subir once pisos hasta llegar al apartamento. Cuando las puertas se abren puede verse en el espejo. No le sonríe a su reflejo, que le mira con resignación. Pulsa el botón marcado con un ocho. Todo va a transcurrir como un miércoles cualquiera. Le dará un beso casi imperceptible a su mujer, que estará en la cocina acabando de preparar la cena. Le contará lo duro que ha sido el día y una de las hazañas perpetradas por su inteligencia administrativa. Si no recuerda ninguno, tendrá que improvisar algún problema de trabajo, pues a su mujer le encanta estar al corriente, animarlo y darle consejos. Se sacará la chaqueta y los zapatos, ayudará a preparar la mesa. Durante la cena su mujer le contará alguna mundana anécdota que se confundirá con el sonido del televisor. Tal vez su hijo habrá llamado en la tarde (cada vez llama menos en la noche, como si no quisiera

hablar con su padre). Después de cenar recogerán la mesa entre los dos, él encenderá su pipa y se esconderá tras el periódico del día que acostumbra leer justo antes de acostarse. Sabe que probablemente a su mujer, recostada en el otro sofá frente al televisor, le entrará sueño y se irá a la cama pronto. Él la seguirá poco después, se pondrá el pijama y se acostará a su lado, espalda contra espalda.

Lo que nunca sabrá es que cuando se acuesta su mujer no duerme. En realidad aprieta los párpados concentrada en su inmovilidad, aterrada de que su marido la abrace y comience a besarle las orejas con húmeda suavidad, apretándose contra ella, como años antes tenía por costumbre varias veces por semana. La rigidez de su cuerpo aumenta al oír el lóbrego clic de la lamparita de noche y espera, intranquila, hasta que siente la quietud de las sábanas, hasta que pasa el peligro, y entonces le invade un desasosiego, un sentimiento contradictorio nacido del recuerdo de la ansiedad perdida, un nudo en el estómago que le impide dormirse en seguida. De sus ojos tan secos como su pasión no resbala ni una sola lágrima.

Guasap

EL CAPITÁN PIRATA



Soplan vientos huracanados en el mar del Caribe. El bajel pirata oscila peligrosamente a merced de gigantescas olas que amenazan con devorarlo con toda su tripulación. "¡Arriad las velas, haraganes! ¡A qué esperáis!". El capitán Pata de Palo se aferra al mástil mayor con todas sus fuerzas y dispara órdenes a diestro y siniestro. Todo a su alrededor es caos. El fragor de la tormenta engulle sus palabras. La lluvia baña su rostro, su corazón galopa desbocado, un escalofrío recorre su cuerpo. Ha de librar batalla contra el enemigo más poderoso que haya conocido jamás, uno que nunca se rinde.

Esquivando barriles y aparejos que se desplazan con cada feroz sacudida, avanza por cubierta hasta el timón, que empuña con las manos crispadas mientras el barco se escora peligrosamente a babor.

"¡Saldremos de esta, compañeros! ¡Luchad por vuestras vidas!". El capitán pirata es conocido en todo el orbe por su bravura y arrojo, pero nadie sabe que, a veces, un miedo atroz y voraz le carcome las entrañas y le hiela la sangre en las venas. En momentos como este, un pensamiento, su lema, guía sus actos: vencer o morir. Aprieta la mandíbula tan fuerte que siente rechinar todas las muelas. Con cada acometida, las cuadernas crujen, las velas se rasgan, las maromas sueltan latigazos al aire.

Cae el palo mayor estrepitosamente, se quiebra la verga de mesana en varios pedazos. El grumete, un muchacho alegre y saltarín de corta edad y más corta experiencia, resbala en un nuevo envite y queda colgando boca abajo del mástil de trinquete. Su vida corre peligro. El capitán se encoge por dentro, se crece por fuera. Suelta el timón y acude presto en su auxilio. "No te muevas. ¿Dónde demonios está todo el mundo?", se pregunta. De un sablazo certero corta la soga, liberando al aprendiz de corsario que aterriza en cubierta con un golpe seco. Allí, queda encogido, retorciéndose de dolor. Se sujeta la pierna estrangulada con ambas manos entre aullidos. El dolor, esa bestia cruel y sanguinaria que no perdona, que muerde tenaz y no suelta. "Dios quiera que no haya que amputar", murmura Pata de Palo para sus adentros.

No hay tiempo que perder. Con temple de acero, el capitán escudriña los cielos, determinado a salir de este brete. Piensa que desde lo alto de esta ola alcanzaría a tocar la luna si pudiera verla. A sus pies yace la bandera pirata hecha jirones, con los huesos rotos y el cráneo abierto. El capitán la mira compungido. Siente la boca muy seca. El tiempo parece detenerse. De repente, llega una calma absoluta. El bramido del mar deja paso al silencio. La tiniebla se hace luz. Clic. Oye una voz distante que anuncia que la resonancia ha terminado.

Con ayuda de la enfermera, Jorge desciende de la camilla y regresa a su silla de ruedas. Se mueve con cuidado. Sus piernas están muy débiles y una caída podría tener consecuencias desastrosas. Sigue temblando, aterido a causa del aire acondicionado -¿o será otra cosa?-, aunque va recobrando el sosiego. Discretamente, se seca las lágrimas con el dorso de la mano, luego toma una profunda inspiración y tira de la bata de hospital tratando de cubrir sus piernecillas de canario. La bata le parece bonita, con tantos colores, pero es demasiado corta. La enfermera le habla con dulzura mientras lo acompaña de nuevo a su habitación, aunque él no la escucha. Piensa en otra batalla que ha de ganar. Jorge tiene 8 años y un sarcoma de Ewing.

Barbarroja

EL JUSTICIERO DE ENTREVÍAS



El Aire de Tramontana (martes, 15.09.80)

Muere el Justiciero de Entrevías

Anoche, a las 2 de la madrugada, un estruendo de cacerolas proveniente del establecimiento penitenciario de La Matilla, a 20 km al norte de Zaragoza, sobresaltó a los vecinos del pueblo. ¿Motín? ¿Rebelión? Dos horas antes, en el Hospital Provincial de Zaragoza, el

corazón de 67 años de Segismundo Apóstol, el Justiciero de Entrevías, dejaba de latir. ¿Por qué tal ovación por un convicto? *El Aire de Tramontana* decidió seguir su pista.

En 1965 Segismundo Apóstol, tras haber sido declarado culpable de la muerte de un policía en una manifestación estudiantil, entraba en prisión. Su abogado, hoy miembro asociado de un famoso bufete, nos relata cómo fue el proceso: "En aquel momento yo era abogado de oficio. Aunque él siempre proclamó su inocencia, un policía había muerto, y su caso tenía difícil solución. Le aconsejé que se declarara culpable y pidiera clemencia, pero se negó. Afirmó que estaba paseando cuando se le echó encima una horda de jóvenes, seguido de muchos policías. Vio caer una chica muy cerca de él y cómo un policía le daba garrotazos. Los demás se habían alejado y, al ver sangrando a la chica, sin pensarlo se abalanzó sobre el policía, con tan mala fortuna que este cayó mal y se desnucó. Enseguida, llegaron otros policías y, al verlo encima de su compañero, lo apalearon. Terminó en el hospital con varias costillas rotas. En el juicio nunca apareció la chica a la que dijo haber ayudado y no consiguió explicar convincentemente qué hacía en aquella zona a la caída de la tarde. Alegó que de tanto en cuanto iba al colegio del barrio a ver cómo recogía a sus dos hijos una antigua compañera de clase. Su explicación no convenció al juez, quien lo sentenció a 20 años de prisión". A nuestra pregunta de por qué lo llamaban en el penal el Justiciero de Entrevías no supo responder.

Nos hemos entrevistado con su madre, en Madrid, en la única casa en que Segismundo Apóstol había vivido antes de ingresar en prisión: "Era un poco callado, pero buen chico. Nunca le fue bien en el colegio. Su padre siempre lo castigaba por malas notas y se encerraba en su cuarto a jugar al ajedrez, solo. De pequeño parecía que

congeniaba con Robertito, el vecino del tercero, con quien solía ir al colegio. Cuando tuvo 16 años, su padre lo sacó del colegio y lo metió a trabajar en la tienda de ultramarinos de un cliente suyo. Unos años después su jefe se retiró y le traspasó el negocio, y allí se quedó. Jamás discutía con nadie y nunca le hizo daño a nadie."

En el tercero, conseguimos hablar con un Robertito felizmente casado y padre de cinco hijos: "La verdad es que algo le tenía que pasar. De pequeño, todo el mundo lo aporreaba y jamás devolvía los golpes. Fue creciendo y tampoco reaccionaba. Su padre lo castigaba y no decía nada. Ya me extrañó que saliera en ayuda de aquella chica en la manifestación. Por supuesto, es imposible que matara a nadie. Y lo que sí que es cierto, y lo dije en el juicio, es que el pobrecito se daba paseos para ver a esa chica del colegio. Se había enamorado de ella, y ella jamás le hizo ningún caso; es más, ni llegó a enterarse de que Segismundo existiera. Aunque si he decir la verdad, su gran amor fue sin duda el ajedrez. No pasaba un día sin que fuera a su club de ajedrez a echar una partida." Tampoco supo darnos el motivo del apodo que le pusieron en el penal, pero nos dijo que su club de ajedrez estaba en Entrevías.

Para nuestra desgracia, dicho club había desaparecido. Decidimos personarnos en el penal de La Matilla y nos entrevistamos con el alcaide. Este no llevaba más que unos meses en el puesto y apenas conocía a Segismundo. Miró en su expediente y no encontró nada que nos fuera de utilidad, pero nos puso en contacto con quien compartió sus primeros años de encierro. En un pequeño estudio, situado en un barrio periférico de Zaragoza, nos recibió un sonriente y afable Felipe S.P.: "Cuando llegó al penal, los carceleros lo esperaban con ansiedad. No todos los días recibían un asesino de policías, y con ellos tenían

carta blanca para desmelenarse. Los demás presos lo acogieron enseguida. Todos sabían lo que le esperaba, y así fue. El primer mes se lo pasó en una celda de castigo sin hablar con nadie. Luego vino a parar a mi celda. Cada poco tiempo los vigilantes pasaban de noche por él y lo devolvían calentito a la celda un rato después. Un día se pasaron más de la cuenta y yo pensaba que no lo contaba. Estuvo una semana sin poder moverse. Nunca volvió a andar normal, pero tampoco volvieron a molestarle. Recuerdo que esa noche me dijo, como tantas otras, 'no te preocupes, se les pasará cuando dejen de tenerme miedo'. Luego le trasladaron a otra celda, pero empecé a verlo contento. A muchos de los presos nos enseñó a jugar al ajedrez y, con los años, consiguió que una sala de la biblioteca se habilitara como sala de juegos; en ella solo se jugaba al ajedrez. Organizábamos torneos entre nosotros, y a menudo nos contaba historias sobre los campeonatos que había jugado en Madrid. Nunca perdía, por lo que todo el mundo empezó a llamarlo, de broma, el Justiciero de Entrevías. Ahora que estoy 'libre', echo de menos aquellas partiditas."

Y esta es la historia de Segismundo Apóstol, el "Justiciero de Entrevías". ¿Santo o criminal? ¿Justiciero o ajusticiado? ¿Tal vez otra víctima del sistema? Su pasado se va con él, pero en un pequeño penal de Zaragoza siempre quedará su recuerdo. "Descansa en paz".

Astrea

MUROS



M: Muros

*Mis relatos son grafitis que escribo
en los muros que se alzan entre vosotros y yo (...).*

Eider Rodríguez, *Abecedario*. Inédito.

Cuando cumplí los cincuenta, adquirí la invisibilidad. No fue de un día para otro, pero, echando la vista atrás, lo situo por aquella época. Los signos habían comenzado tiempo antes. En la tienda, en el café... tenía que gesticular ostensiblemente para que me vieran. En casa hacía tiempo que pasaba. Los chicos ya eran grandes y hacían su vida; solo me necesitaban para la intendencia. En cuanto a mi marido, había renunciado a establecer contacto con él, a pesar de habitar el mismo espacio.

Me miraba al espejo intentando comprender qué había cambiado. No era que la edad hubiera hecho estragos en mi físico. No había engordado ni adelgazado ostensiblemente, ni tenía más arrugas o canas de la cuenta. No. Era algo más sutil. Me di cuenta de que mi cara había perdido contraste, se había como... deslavado, y de que mi silueta se veía desdibujada. En conjunto, era como si me hubiera ido difuminando. Como si en vez de yo misma fuera mi holograma.

Con el tiempo fue a más. Un día me di cuenta de que en la calle ya nadie me veía. Lo supe cuando la gente empezó a chocar contra mí. Con el golpe me descubrían y me miraban sorprendidos, como si no se explicaran cómo había llegado a parar a un centímetro de su cara sin haberme visto llegar.

La soledad me abrumó. No por mi marido o mis hijos. A esa soledad ya estaba acostumbrada. No. Echaba de menos a la gente. Siempre me había gustado pasear por la calle sin rumbo, fijarme en las personas con las que me cruzaba, imaginarme sus vidas, fantasear con que llegaba a conocerlas. De vez en cuando, de entre muchos cruces de miradas fortuitos saltaba un destello de reconocimiento en los ojos de algún desconocido. A veces incluso un esbozo de sonrisa. Él, o ella, también me habían visto. Quizás incluso habían sentido curiosidad por

mí. Ganas de tomar un café y charlar. No hacía falta que se materializara el encuentro. Lo que me encendía era la posibilidad del encuentro. Cuando me fui convirtiendo en mi holograma, esos instantes se hicieron cada vez más raros, hasta que un día ya no hubo más.

Con el tiempo empecé a considerar mi situación desde otro ángulo. Fue cuando vi a la niña. Iba caminando por el paseo y, en un paso de cebrá, la vi. Me llamó la atención el delicado perfil de su rostro, el pelo oscuro recogido en una sencilla coleta, esa pureza de líneas que solo muestra la infancia. Se giró para mirar algo detrás de mí, y vi en su otro lado el largo flequillo que le ocultaba la mitad de la cara, un mechón de pelo decolorado en un naranja imposible. Entonces reparé en su uniforme verde y gris de colegiala, en la falda demasiado corta y el gesto indolente de sus largas piernas, una mezcla incoherente de rasgos infantiles y de mujer decadente. La seguí, intrigada. Hizo como que entraba en un colegio pero volvió a salir y siguió calle abajo, hasta llegar a un parque poco frecuentado. En un banco apartado, había un hombre de mediana edad, esperando. La niña miró hacia atrás, pero no me vio. Se sentó sobre las rodillas del hombre, en un gesto equívoco. No pude seguir mirando.

Más tarde, mis pasos me llevaron a un hospital. Lo conocía, mis hijos nacieron allí. Entré, esperando que alguien me detuviera en cualquier momento. Observé a las enfermeras en sus buzos azules; conversaban entre ellas ajenas a los cuerpos tendidos que manipulaban mecánicamente. Entorné una puerta al azar. Una anciana yacía tendida en la cama, respirando con dificultad. En su rostro lívido se dibujaba ya el rictus de la muerte. A su lado, en una butaca negra, una mujer joven dormía en incómoda postura. Me acerqué a la anciana. Su respiración era lenta, dilatada, casi un estertor. Tenía los ojos muy

abiertos, la mirada aterrada clavada en la mujer, la mano tendida en su dirección, la boca desdentada deformada en un grito que no conseguía articular. Toqué a la mujer, pero mi mano de holograma no consiguió despertarla. La anciana boqueó en una última llamada muda, y su pecho dejó de moverse. Por un momento me faltó el aire. Quise cerrarle los ojos a la anciana, pero sus párpados húmedos no me obedecieron. Cerré la puerta detrás de mí. El frío de la noche me golpeó la cara.

Me dejé llevar por la rabia. Quise sacar el máximo partido de mi condición: me colé en las casas de la gente, escuché sus conversaciones, les miré desvestirse, descubrí sus miserias. Con el tiempo, pudo más la empatía. Descubrí las innumerables formas de la soledad.

Un día sentí la necesidad de escribir. Relaté las historias de la gente con la que me cruzaba. Cientos de relatos. Quise compartirlos, y los publiqué de forma anónima. Fue como echar a rodar una bola de nieve. Se han convertido en un fenómeno editorial. Se venden por millones. Los críticos dicen que muestran magistralmente la tragedia de la gente de a pie. Destacan su enorme poder de consuelo. El halo de misterio que me rodea acentúa mi notoriedad, pero la fama me es indiferente. Escribir no es más que otra forma de buscar. Lo que quiero es encontrarme. Quiero comprender dónde se detuvo mi vida, encontrar en qué pliegue del espacio-tiempo se quedó atrapada mi persona, desde dónde se proyecta el holograma que soy ahora. He vivido en esta ciudad toda mi vida. Conozco todas sus calles, todos sus muros. Debo de estar por aquí.

Sigo recorriendo la ciudad, mirando a la gente entre los muros. Veo su miedo, vuestra tristeza, tus instantes de felicidad. Quizás nos

crucemos un día de éstos. A lo mejor te has encontrado conmigo. ¿Me has visto? ¿Puedes decirme dónde estoy?

Desiree

COSAS DE LA VIDA



Son las siete y media de la mañana cuando don Juan Jiménez entra en la panadería a comprar sus dos cruasanes, como todas las mañanas de camino a la oficina. A las ocho encenderá la computadora, leerá los mensajes y empezará a preparar algunos documentos para la reunión de las diez. A las 9.30 bajara a tomar un café con Gabriel y Pablo y comentarán, como todos los lunes, los resultados deportivos del fin de semana.

- Bueno, otro día más. Nada del otro mundo, pero reconforta saber que esta empresa te necesita y que tienes en tus manos una parte de sus resultados. Y lo mejor es que ya tengo la jubilación a

la vuelta de la esquina. Gloria ya está haciendo planes; ella lo que siempre ha querido es irse al mar. Si ese es su sueño... Este verano iremos a conocer la región y veremos qué ofrecen las inmobiliarias.

En la otra acera está desde hace días un tipo que no es como los demás, un hombre que apenas se atreve a levantar la vista de vez en cuando para pedir entre dientes una moneda a algunos de los que pasan por allí, no a todos. Tiene muy mala cara y esa ropa astrosa tendrá sin duda el olor de la calle.

- Me ha visto y seguro que ya me tiene anotado: "El de los cruasanes de las 7.30". ¡Qué fastidio! Quién sabe si esa cara no se la pone cada mañana, como un disfraz de desgracia, para hacernos sentir culpables y sacarse el día sin tener que cumplir horarios ni obedecer a un patrono.

Don Juan decide cruzar la calle y evitar el encuentro. Diez minutos más y ya estará en su despacho.

Carlos, porque el hombre de la calle también tiene nombre, o ha tenido, sabe que tendrá que seguir ahí un rato. Carlos no tiene ya idea de lo que puede ser su día. En su vida no hay ya rutinas, ni de cruasanes, ni de oficina ni de nada. A Carlos le duelen los huesos porque tiene que dormir de cualquier manera, y todo lo que pasa a su alrededor le produce temor, en todos ve una mala palabra, apenas contenida por una capa de humanidad cada vez más agrietada.

- Me han dicho que me presente a las diez en el despacho de un tal abogado Bermúdez, en Primavera. Si tengo suerte, habrá alguna subvención del Estado para tipos como yo. Ese barrio está

lejos del centro y tendré que ir en autobús, entrar en el espacio reservado de la gente que tiene vidas normales, rutinas de cruasanes, soportar las miradas que no podré evitar, de reproche algunas y muchas más de desprecio. ¡Si pudiera ir pegado a las paredes como una sombra que ya nadie percibe!

Alguna vez vivió en ese barrio de casas confortables. Lo sabe, pero es como un recuerdo de otro. Solo un hilo, a punto ya de romperse, lo une a ese mundo que ha dejado de existir para él.

Don Juan Jiménez ha seguido los consejos de su médico y viene a pie al trabajo. Esta mañana da gusto porque hace un sol espléndido que promete, seguro, un buen día. Ya puede ver el afanado ir y venir que se arma siempre a esta hora frente al edificio de la empresa. Todas las mañanas hay allí muchos coches que vienen a dejar en la puerta al hombre de la casa, vestido como tiene que ser y animado a entrar en su mundo por el beso y la mirada aprobadora de su mujer, que se va a llevar a los niños al colegio.

Hoy, sin embargo, es diferente. Hay demasiados coches aparcados y un tumulto ante las puertas, que esta mañana han permanecido cerradas. "Será un ejercicio de evacuación, una alerta de bomba, algún problema técnico..." Cuando ya se acerca al edificio, Juan ve salir a un hombre con el que se ha cruzado pocas veces, en alguna reunión. "El nuevo Jefe de Recursos Humanos, o algo así" –piensa Juan. Lo rodean dos o tres guardias de seguridad. A esos sí los conoce bien, los ve todos los días al entrar: "Buenos días don Juan".

El hombre se planta frente a la masa de empleados que protestan cada vez más airados. Quiere dar una impresión de firmeza, pero una voz quebrada desvela su nerviosismo.

- Señores, un momento de atención, por favor. El Consejo de Administración fue convocado esta noche en reunión extraordinaria. Como algunos de ustedes sabrán, la dirección había iniciado negociaciones con el grupo Sian Phen, uno de los principales accionistas, para buscar alguna salida a nuestros problemas de tesorería. Contra todo pronóstico, el grupo ha decidido suspender las operaciones y solicitar una inspección urgente. Confiamos en que su decisión solo sea temporal, pero no puedo ocultarles que se amenaza con ceder la participación del grupo a una sociedad polaca y disolver la empresa. También se rumora una suspensión de las operaciones y la transferencia a Bratislava. Por el momento, la única instrucción que me han dado para el personal es la siguiente: que cada uno de ustedes se ponga en contacto con el despacho de abogados Liarson&Treacherton. Estos señores estudiarán una liquidación provisional de prestaciones, en espera de una decisión definitiva. Pueden llamar ahora mismo.

Esta mañana Carlos ha salido a correr al parque, antes de pasar a buscar a sus hijos en casa de su ex esposa para acompañarlos al colegio. Empezó a dar estos paseos hace tres meses, después de la primera semana en su apartamento. Las llaves de este apartamento en una calle tranquila del barrio Primavera las recibió aquel día del abogado Bermúdez. El abogado lo había citado para comunicarle la decisión del tribunal administrativo: "Señor Carlos Castro, tengo el placer de anunciarle que el tribunal ha anulado la decisión de expulsión y ha ordenado la restitución de los bienes incautados". Don Carlos había sido víctima de una estafa muy bien montada y la policía había tardado en remontar a los culpables.

- Aquel hombre sentado en un banco se parece mucho a ese señor que pasaba todas las mañanas por la panadería a comprar cruasanes –piensa Carlos sin interrumpir la carrera. Pero yo a ese hombre nunca lo vi de cerca, porque hacía como si no me viera; sabía que yo estaba allí para pedir una moneda. Con la mala cara que tiene y esa ropa toda arrugas, tiene que ser uno de la calle. Me sobran motivos para reconocerlos.

Juan, porque ahora es solo Juan, ha olvidado el sabor de los cruasanes. Ya no se da cuenta si hay sol o hace mal tiempo, porque ahora nada puede augurar un buen día, y le cuesta recordar que era el empleado de mayor antigüedad en la contabilidad de una gran empresa.

- Si quiero comer algo esta mañana, tendré que pedir una moneda. Ya he visto antes por aquí a aquel hombre que viene a correr. Algo me dice que no se va a volver a mirar a otro lado, que tal vez no piensa como otros que yo estoy aquí por irresponsable. A lo mejor se mete la mano al bolsillo, lo voy a intentar.

*Unos viene y otros van, dirán los dados al caer,
si tienes más o nada tienes, eso nunca lo sabrás,
es la rueda del destino, que nunca deja de girar..
¡Cosas de la vida!*

Fortunato Caballero

ESTÁ ESCRITO



El día primero del quinto mes ritual, la india Tepahuyuel despertó con una terrible certeza, una sensación voluptuosa en las manos: la

certidumbre de la muerte. El Tóxcatl es celebrado por las noches. La india Tepahuyuel esperó.

La víspera, la india visitó la casa del artesano buscando algún instrumento para aguzar la cuchilla de pedernal. Mendieta, el artesano, permanecía sentado frente a su mesa de trabajo; allí donde debía aparecer el rostro de Jesucristo, el hombre había engastado un espejo redondo de obsidiana, rodeado por la corona de espinas. La india no vio nada de esto. Mendieta estaba satisfecho sobremanera.

Cuando niña, la india Tepahuyuel se sentaba mañanas enteras, sobre el suelo apisonado, absorta en la inútil contemplación de un hombre pendiente de la cruz. La gente del pueblo veneraba la figura extraña, que con su muerte redime a los hombres del pecado. La india Tepahuyuel miraba con fastidio el crucifijo ensangrentado.

Las paredes del adoratorio, casa de techumbre de tablazón entre la maleza, se mostraban blancas y reverberantes. Ténganlas muy barridas y aderezadas, paredes y todo: el altar muy al punto, les dijeron los hombres barbados venidos de oriente. Las paredes encaladas del adoratorio disfrazan la pintura primera, el hedor insoportable. Paredes bañadas y negras de costras de sangre: imagen prístina de la casa de los dioses.

Llegada la noche, la india Tepahuyuel supo entonces, el porqué del pedernal, el cómo de la indefectible inmolación. Él, que solo es espíritu, se manifestó: viento de la noche, soplo que anuncia su presencia. Dios del cielo nocturno, de la hechicería artera, de la espinosa muerte. Tezcatilpoca, sombrío, furioso, reclama para sí un culto olvidado, su alimento: culto detentado por un dios advenedizo. Se alimenta de sangre, se nutre de muerte. Mascara negra, espejo maligno engastado en su pecho. La india, entonando una calmosa

letanía, envuelto el pedernal entre sus ropas, visitó el adoratorio para proveer de sustento al dios famélico.

La india Tephahuyuel, frente a las hornacinas principales, no encontró lo que creía buscar: pendiente de la pared central, se le ofreció una imagen confusa. Allí donde debía aparecer el rostro suplicante de Jesucristo, el artesano engastó un espejo redondo de obsidiana, rodeado por la corona de espinas. La imagen ambivalente se le ofreció a la india como un fulgor punzante. El espejo de Tezcatlipoca y la corona de Jesucristo. El dios sacrificado y el dios sacrificador conjugados en una deidad única, indivisible. El sacrificio del dios de la cruz que sirve para complementar la voracidad morbosa del dios nocturno. La india miró azorada el pedernal ya dispuesto en sus manos, listo para rasgar las carnes. Contempló con indiferencia la piedra afilada: el desprecio por uno, la sombría abnegación por el otro, contrapuestos, anularon recíprocamente su significación.

Teotl amo nemi -ningún dios vive-, escribió la india con un trozo de tizón, en pequeños caracteres firmemente trazados sobre la blanca pared del adoratorio.

Está escrito: Jesús ha perdido uno entre sus incontables detractores. Tezcatlipoca, probablemente, ha perdido al último de sus adeptos.

José Poca

TE CUENTO



Padre, ese traje que llevabas no parecía tuyo. Seguramente te hiciste con él en alguna compraventa o en el Monte de Piedad, aunque no creo que supieras dónde quedaba aquella triste casa de empeño. Yo en

cambio recuerdo bien que estaba en una de las calles que bajan hacia el puerto desde la Plaza Independencia, porque en un momento de necesidad empeñé un reloj. Aún hoy tengo presentes los rasgos tallados en madera de aquel tipo siniestro detrás de una rejilla, que con cara de hacerme un favor me ofreció una cantidad irrisoria. Pero tú no podías saber dónde estaba porque era conocido como un antro para indigentes criollos y acababas de llegar. ¿Cuánto hacía? ¿Un año? ¿Dos? Muy poco, todavía escribías la letra *i* en castellano con la jota polaca y la palabra Uruguay te resultaba un jeroglífico. Estabas delgado como un junco y sin embargo aquella americana te quedaba pequeña. La mantenías cerrada con una mano tímida. No debía tener ni botones. Eso sí, por debajo, llevabas el chaleco del terno abotonado y la camisa blanca - sin el cuello almidonado de quita y pon que se estilaba entonces - escrupulosamente cerrada. El cesto lo apoyabas en el suelo, pegado a aquellos pies respetuosos, tan juntitos, que siempre me llamaron la atención y de los zapatos raídos, sobados por el barro de los kilómetros que recorrías a diario entre chacra y chacra.

En aquel tiempo te movías por la calle Industria, en el barrio de la Unión, o mejor dicho por la calle *Jndustrja* en la *Unjon*, como apuntaste detrás de la foto. Lo que hoy es una zona de trabajadores y casitas bajas, siempre pobre pero con una calle principal ancha y muy comercial, no era sino una sucesión de terrenos ocupados por granjas precarias, con pocas construcciones sólidas y muchos gallineros y conejeras de chapa acanalada y material de desecho. Entre aquella pobreza te tocaba ganarte los cuartos. Vendías a plazos porque no podían pagarte de una vez ni siquiera los chirimbolos que llevabas en el cesto. Cepillos, un par de latas de conservas, un espejo, un sombrero de paja, peines, algún portarretrato, hilos de coser, un bastidor para bordar y tres o cuatro cortes de raso de flores tristes con

los que las señoras más hábiles podían confeccionar una blusa dominguera.

Mi mayor asombro no lo producía que consiguieras vivir de aquellas migajas sino el viejo chambergo en la mano izquierda, la misma que sostenía una correa para echarte a la espalda el cuévano de mimbre. Te tocabas con sombrero y vestías terno y camisa clara mientras le dabas esquinazo al hambre. En ti la pobreza y la dignidad iban de la mano. Lo supe mucho después y no alcancé a decirte que a tu edad pasé también por malas rachas. Tenía hambre pero no sabía que era pobre, mucho menos miserable. La vida me requería con tanta fuerza y alegría que no había lugar para sentir pena de mí mismo.

Perdona que me haya llevado tanto tiempo comprender, pero ayudaste poco. No hablabas. Y esto me cayó como una encomienda. ¿No estarías esperando que te lo contara? ¿O sin que tú abrieras la boca yo relatara tu propia historia? Pues mira, así como te veo ahora, has estado presente para mí estos años. Muchas veces te he sorprendido en el metro. Me he puesto delante de ti, curioseando entre las carátulas de colores perfectamente ordenadas en el suelo y mirándote vender cedés piratas por tres duros. El pecho se me cuelga de la garganta porque sé exactamente quién eres y de dónde vienes; tú, en cambio, no puedes reconocerme. Una vez llegaron los municipales y como por arte de birlibirloque lo envolviste todo en una manta y desapareciste. Me quedé delante de un muro, vacío, pensando que había tenido una visión. Pero no. Te has aparecido otras veces. En pequeñas tiendas de ultramarinos, en una sastrería, detrás del mostrador de un “todo a cien”. Una tarde estabas en un siciliano de cara angulosa y piel cobriza recién bajado del barco. Llevaba una gabardina impecable y había conseguido un trabajo de peón en la construcción. Lo pusieron a cavar

una zanja, pero no pudo acabar ni su primera jornada. Lo vi marcharse, mirándose las manos, llorando.

Estás cuando me veo sin casa, sin raíces, sin horizonte para el descanso. Estás más de lo que realmente quisiera, te asomas en pateras, en playas, milagrosamente rescatado con vida. Una mañana, te quedaste mirando a la cámara con esos ojos perdidos por la determinación y el ensueño, ajeno al dolor y a la luz.

No solías hablar; tal vez ahora escuches. ¿Eso querías, verdad? A medida que te cuento veo que tu historia se va pareciendo a la mía. Quizás por eso, en mis idas y regresos, me ha acompañado este espejo cuadrado y pequeño que empezó siendo tu viejo retrato en sepia.

Kappa

LA MIRADA



Un buen paseo bajo el solcito de Barcelona de buena mañana. El cafelito edulcorado con un par de sonrientes saludos. Y por fin, el primer cigarrito. Tranquilamente hasta el trabajo; sin prisas. Todo va bien. Sin duda, hoy será un buen día.

De repente, una palmadita en la espalda. Me giro y ... uuuuh, qué ven mis ojos. "¿Cuántos años han pasado? ¿Cómo estás? ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Eres feliz?" me pregunta. Y yo, con sonrisa bobalicona, y con el cigarrillo consumiéndose entre los dedos, sin decir ni mu. Era un fantasma, no podía ser que estuviera exactamente igual que la última vez que nos vimos. Por fin, siento cómo vuelvo poco a poco en mí, y cómo de mi boca se escapan tímidamente las palabras, sin que yo pueda controlarlas. "¡Ejem! ... sí, bien. Todo bien. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí? ¿Ahora vives en Barcelona?"

"He venido a hacer papeleo. Voy a estar dando vueltas por aquí casi todo el día. Déjame tu teléfono y, si no se me complica la cosa, para cuando salgas de trabajar ya habré terminado mis 'asuntillos'. Te llamo y charlamos un ratito antes de que me vaya." Se dio la vuelta y me hizo gestos con la mano llevándosela a la oreja para indicar que me llamaría. Y tan vertiginosamente como había reaparecido después de, buuuf, ¿tal vez 20 años?, desapareció una vez más de mi vista.

¿Realmente no había cambiado? Esa mirada ... La misma mirada que me perseguía hacía una eternidad. Una mirada sonriente, cálida, que te atrapa, te engulle, te impide escapar. Una mirada que te hipnotiza, te deja sin aliento, sin capacidad para pensar, para reaccionar, para hacer algo que no sea abandonarte a su merced. En realidad no había visto si había engordado o si había envejecido. Solo había luchado por huir, por escapar a esa mirada, como hacía tanto tiempo que lo intentaba. Si en algún momento fui capaz de articular palabra fue, sin duda, porque tuvo clemencia de mí y me liberó. Y fue entonces cuando pude enfrentar esa mirada desde fuera, cuando volví a conocer el dolor. Si su mirada antes me engullía, ahora a un tiempo me acariciaba y me laceraba el alma. Era insoportable ver tanta juventud, tanta alegría, tanta vitalidad. ¡Dios! ¡Cómo brillaban esos ojos!

Todo el día estuve como ausente. Anulé todas las visitas porque no era capaz de concentrarme. Uno tras otro se agolpaban en mi mente los recuerdos de universidad. Las salidas de marcha. Las parejas que se hicieron y deshicieron. Los buenos momentos y los pequeños malos rollos. Creo que de todas las combinaciones de parejas posibles del grupo, la única que no se había formado era la nuestra ... hasta el último día. Fue en la fiesta de despedida. Al día siguiente marchaban a su casa todos los del grupo de fuera de Barcelona. Cena, copas en el pub de costumbre y, para matar la noche, Paco, el bueno de Paco, cómo no, se ofreció a armarla en su casa. Allí se lió un poco más la cosa. Después de que las parejas y los más perjudicados fueran desfilando, solo quedamos nosotros dos en el salón y, de la forma más natural, terminamos entrelazados. Poco después nos dábamos un beso de despedida en un taxi y esa fue la última vez que se cruzaron nuestras miradas. La última vez que se dio la vuelta de esa forma tan peculiar suya y me hundí en su mirada. Es más, es el día que terminó mi historia. Mi último recuerdo. ¿Qué habría sido de mi vida si aquella noche no hubiera sido la última?

¿Qué hora es ya? Las tres, hoy parece que no corre el tiempo. ¿A qué hora piensa llamarme? ¿Y a ti cómo te va? me había preguntado. ¿Y a mí cómo me va? me pregunto yo. Como siempre. Como siempre, por supuesto. Me considero una persona feliz. La fortuna suele sonreírme. Mi trabajo es muy gratificante. Voy al gimnasio, todos los días. Y después del gimnasio ... depende, al cine, a cenar o salir con amigos a tomar una copita. No he evolucionado mucho, bien mirado. Pero no me quejo. Únicamente siento un nudo en el estómago si miro hacia atrás, y es que solo tengo recuerdos anteriores a aquel día, a aquella noche. Después, solo está el vacío. Recuerdo mucho todas las historias del colegio, de la universidad, pero tras aquel día, cada semana mi

mente se reinicializa. Pasados unos días, ni tan siquiera logro acordarme de la última película que fui a ver al cine.

¿Qué hora es ya? ¡Uy! Ya casi son las cinco. Y no llama. Voy a ir al gimnasio y así me muevo, porque si no me va a dar algo. Necesito quemar adrenalina. ¿Será capaz de no llamar? Otra vez, no. Quiero volver a tener recuerdos. Quiero mis recuerdos. ¿Cómo es posible que toda mi capacidad de recordar se colmara justo ese día? Es como si todos los intersticios de mi materia gris se hubieran rellenado con lo mismo, sin dejar espacio para nada más. Es preciso romper el maleficio. Tiene que llamar.

Ya las seis y media. No puede ser. De momento, esperaré un poco más. Daré un paseo hasta casa y luego decidiremos. Las ocho, ¿las ocho ya? Ahora sí que se acabó. ¡Qué sensación más rara! El aire se ha espesado, me cuesta respirar, pero ese encogimiento de estómago que permanentemente me acompaña ha desaparecido. Después de tantos y tantos años ... ha vuelto a apiadarse de mí. No sé si habría soportado ver desaparecer esa mirada una vez más. Bueno, al menos es jueves. Hoy no me será difícil encontrar a alguien con quien dar una vueltecita y tomar algo. Sin duda, hoy terminará siendo un buen día, uno más, un desrecuerdo perdido en la desmemoria de mi desfelicidad.

Laquesis

MI ABUELA MARÍA



Te recuerdo, querida María, mi abuelita. Recuerdo tus manos con olor a lavandina, de dedos gordos y generosos. Recuerdo cómo me trepaba a tu falda el domingo a la noche, cansada de haber potreado todo el día en esa casa llena de tensiones en la que estuviste obligada a vivir y a morir.

Pero tu calor, el perfume tímido de tu ropa, tus gestos tan protectores, tu voz algo seca, como hacia adentro, de inmigrante aquerenciada, con un acento que casi no raspaba, que usabas para decir: “Esta nena quiere mimos”, me daba la certeza de que mientras me quedara allí refugiada no podía pasarme nada. Esa sensación de cariño perfecto me

acompañaría luego toda la semana, en mi otra vida, hasta que volviera a verla.

María era una mujer enjuta, con cara de campesina española, despejada, de ojos claros y mirada serena. Tenía la frente muy alta, la piel suave y el pelo recogido en lo que llamaba su “redecilla”, palabra que a mi hermana y a mí nos encantaba repetir, ya que tenía algo de femenino, de extranjero. Nos permitía una delicadeza prohibida en casi todos los demás aspectos de nuestra vida, habituada a desglosar lo cotidiano a dentelladas. A mí María me parecía muy gorda, pero es que yo era muy chica. Tenía los mismos brazos que tengo yo ahora, mis mismas manos. Era tímida y de pocas palabras. De todas formas, nadie, nunca, le preguntó en mi presencia su parecer sobre nada. Con lo que resultaba conveniente que fuera tan retraída.

María había nacido en las Islas Canarias. Cuando estuve en La Gomera, años después, me di cuenta de que ese acento casi argentino pero con un dejo castizo es el acento de Canarias. Al parecer, a los catorce años la mandaron para las Américas, sin duda para salvarla de la miseria que inevitablemente le mordería los talones. Pero María no sentía ninguna nostalgia por su tierra natal. Nunca supe quiénes habían sido sus padres ni cómo llegó a la Argentina.

Todo lo que sé es que María desembarcó en Buenos Aires hacia 1905. Tendría, como mucho, catorce o quince años. Nadie pensó en enseñarle a leer y escribir. Era inteligente, y sin duda hubiera aprendido. Pero evidentemente para nadie era importante que ella supiera nada, más que fregar, trabajar y parir. Me gusta pensar, y al mismo tiempo me apena, que María, para mí más vieja que Matusalén, fue alguna vez una muchacha bonita y temerosa, quizá hasta atreviéndose a tener ambiciones y fantasías.

En el Centro Gallego conoció a José, analfabeto como ella, con quien se casó. De ese matrimonio nacieron tres hijos, mi padre, Eduardo, y sus hermanas. Vivieron todos juntos en una casa de altos, en Palermo. En aquel entonces, la calle Huergo estaba alineada de plátanos. Había algún taller mecánico, una casa gemela de la de mi abuela, y poco más.

Me pregunto si José la cortejó, si alguna vez le compró flores, si fue tierno con ella, si se preocupó por que María estuviera contenta, plena de ese hombre con quien signó la continuación de nuestra familia. No lo sabré nunca. Pero sí sé, en uno de esos mitos familiares que se van transmitiendo con cierta saña, que un día María se enojó con José y no le habló más. Los meses se hicieron años, y ella siguió sin hablarle. Pasaron veinte años. En ningún momento se separaron, sin duda por razones económicas; pero ella nunca más le habló.

Y un día como otro José murió, atropellado por un colectivo.

Cuando conocí a María, todo esto ya había sucedido. Vivía con sus dos hijas, en un rincón temeroso, esperando el domingo, para poder ver a sus nietas. La infancia y mi voluntad rabiosa de vivir me protegieron de la marejada de enfrentamientos, peleas, resentimientos, hosquedades y miserias de esa familia que puso una energía extraordinaria en destruirse.

Pero María me protegió de todo eso. Y, de sus manos de lana, fueron saliendo tortas y pulóveres, regalitos y caricias, revistas Patoruzito y Billiken. María, que no sabía leer, que no tenía ni un centavo propio, me hacía sentir inteligente y millonaria de su amor. En su mesa de luz había una foto mía. Cada vez que iba, verificaba que la foto siguiera allí. Llevaba un pulóver que ella me había tejido, un prendedor de

burrito que me había regalado y una gran sonrisa, repleta de amor por ella.

Con el tiempo, los domingos en lo de María se fueron espaciando. Y un día tanta tensión acumulada terminó por explotar. Nosotras y la mujer de mi padre, mi padre y su mujer y sus hermanas, mis tíos y sus cuñadas. Todo, en ese grupo humano, era un caldero de resentimiento. El desencadenante fue un bebé adoptado por una de mis tías, acontecimiento que la llevó a decidir que ya no habría espacio, interno o externo, para nosotras. Con lo que fuimos expulsadas de ese paraíso para siempre. Me pregunto si María rogó, intentó interceder, gritó su amor por sus nietas, hasta amenazó. Quizá alejarme de tanto odio acumulado me preservó. Difícil saberlo a ciencia cierta. Pero, de la noche a la mañana, ya no volví a ver a María.

Miento. Años después, cuando tendría yo unos 16 años, una tarde, dando un paseo en bicicleta por el Palmar de Miramar, vi a una señora muy mayor esperando, al lado de un auto, que terminaran de cargar, posiblemente, los adminículos y restos de un picnic. Su manera de cruzar los brazos, de mirar con tristeza y serenidad, de contener el universo en su cuerpo de anciana resultó para mí inconfundible. Era María. Me miró, pero yo pasé de largo. Miré hacia atrás y me seguía mirando. Le grité a mi hermana que me esperara, que tenía algo importante que decirle. Y las dos miramos hacia atrás. Y María nos miró. Pero no dijo nada, y nosotras tampoco.

Así, a la distancia, me despedí de María para siempre.

Memoriosa

LA CARRETERA



Los años te hacen ver la ciudad como es, y no como te la imaginas. Con el paso del tiempo van cayendo las ilusiones: el alma es esclava de la novedad y, cuando se desvanece su hechizo, sólo queda la miserable realidad.

Mil veces recorrí esta autopista. Conozco cada centímetro del asfalto, cada árbol, cada curva, pero la rutina no impide que cada kilómetro sea una gota más de suero de libertad.

La lluvia dio paso a una densa niebla: poco a poco de los coches no fue quedando más que la luz de los faros ahogada en la bruma, manchas de vida en el vacío, rojas o blancas, acercándose o alejándose. La realidad o yo habíamos dejado de existir. Sabía que

tenía debajo la calzada, bosques a los lados, y el cielo encima... ¿lo *sabía* realmente, o tan solo imaginaba su presencia para aferrarme al mundo físico?

El cansancio acumulado y la monótona oscuridad de la noche invernal me arrastraron a una sucia gasolinera. Intento pasar por ellas como un fantasma: personal altivo y malhumorado, suciedad, café aguado, comida estándar, estéril e insípida... Reduzco al mínimo posible mi contacto con lo que me rodea y me alegro de volver al coche, mi verdadero hogar desde hace años.

Reconfortado por el sonido del motor arranco hacia la autopista, mientras imagino un mundo mejor... pero no consigo desviar la mirada de ese reflejo de luz en el asfalto mojado, de esa mancha blanca que se vuelve cada vez mayor...

El chirrido de las ruedas me devuelve a la realidad... no sé quién pisó el freno, los cinco segundos pasados se convierten en ausencia de razón, en un agujero negro que me arrastra a su oscuridad infinita, pero sí *sé* que la vi delante del coche. No puedo haber soñado una imagen tan nítida. Me bajo con el corazón en un puño y miro debajo del coche con la esperanza de haber sufrido una alucinación, pero con la certidumbre de que sangre y muerte me devolverán a la fría realidad de la noche invernal.

-Estoy bien.

-¿Qué?

-Estoy bien. Siento haberte asustado.

La voz cálida, tranquila, profunda me saca poco a poco de mi estupor: la mujer que acabo de atropellar está parada al borde de la carretera, como si siempre hubiese estado allí.

-¿Qué haces aquí? ¿Estás loca? ¿Te quieres suicidar?

- ...

- ¿No me oyes? Te podía haber matado.

- ...

Esos ojos. Sí, ahora recuerdo: la mancha blanca tenía ojos. Empiezan a salir imágenes del agujero negro, como si los restos del naufragio emocional que es mi vida salieran a flote después del temporal, rotos, desperdigados entre las olas que sacuden esa superficie que separa lo racional de lo irracional. Me atravesó con la mirada. No puedo quitármelo de la cabeza: estaba delante del coche y la atropellé, lo sé. Me opuse en el coche intentando disimular el mareo...

- ¿Estás bien? – me pregunta clavándome la mirada.

- ¿Qué si estoy bien? Pero si te acabo de atropellar.

- No. No me atropellaste.

- ...

- ¡Llévame!

- ¿Qué?

- Todos los que paran aquí van a París. ¡Llévame, por favor!

Entonces la miré: hasta ahora no la había *visto* entera, hasta entonces ella no era más que una mancha blanca, unos ojos tristes, una voz profunda... fragmentos de un ser que tenía que recomponer mentalmente en cuerpo de mujer. Todo en ella era diáfano: la transparencia de su piel extremadamente blanca, la fosforescencia onírica de su anémica palidez, como el cerco de la luna en las noches húmedas... No sé cuánto tiempo pasé observándola, pero un escalofrío me devolvió a la realidad. ¿Y si *realmente* no había pasado nada? ¿Y si estoy otra vez imaginando lo que nunca llegó a suceder?

- ¡Sube al coche! Te llevo.

Metí primera con una sensación extraña, como si con ella hubiese también entrado la gélida niebla, como si algo dulce y perverso hubiera inundado no solo mi coche, sino toda mi existencia.

Fuera, la niebla era ya impenetrable. El coche navegaba en un oscuro líquido viscoso, entre millones de gotas de agua en suspensión que los faros convertían en una etérea galaxia de estrellas de escarcha.

Mientras, en el interior, su blancura irradiaba una luz sobrenatural que no conseguía ignorar. Pasamos mucho tiempo en un raro silencio que yo no quería romper, en ese silencio amortiguado de la naturaleza cuando la niebla del atardecer inunda los valles.

Su primera mirada seguía flotando ante mí, frágil y temerosa, como la de los animales maltratados. Con su silencio alimentaba mis ganas de romper esa barrera que nos separaba: no tenía nada que decirle, ni quería saber nada de ella, pero necesitaba tocarla...

La luz cegadora me obligó a volver a cerrar los ojos.

- ¡Vaya, por fin vuelve en sí!

A mi alrededor susurros, gemidos, máquinas. Olor a muerte. Frío.

- ¿Dónde estoy?

- En Lariboisière. En reanimación.

Intenté moverme, pero un pulpo mecánico me había clavado sus tentáculos para mantenerme en vida...

- ¿Dónde está la mujer? ¿Está bien?
- ¿Qué mujer? En el coche iba solo usted. Quedó para chatarra... tiene suerte de estar vivo. Intente descansar.

Al abrir la puerta del piso una bocanada de aire gélido me hizo estremecer: tras más de un mes en el hospital todo olía a humedad y podredumbre, las plantas habían muerto de sed y de frío... o de tristeza. De todos modos hacía tiempo que mi casa ya no era mi hogar.

Con la indiferencia heredada del sufrimiento me senté a abrir el correo acumulado...

- Mira que morir de un infarto tan joven... recién vuelto del hospital. La vecina le oyó llegar y...
- ... llegamos demasiado tarde. No somos nada. Por cierto ¿qué era esa carta que sujetaba en la mano?
- Nada, una multa por exceso de velocidad. Pobre hombre, encima con la novia tan guapa que tenía.
- ¿Tú qué sabes?
- Por la multa: está sentada a su lado. ¡Mira la foto!

Moontramp

RETRATO DE FAMILIA



Es el verano en un pueblo del Maresme y una pareja muestra satisfecha a la cámara su primer bebé, una niña de tres meses que soy yo.

Sobre el muro hay cascotes de botella rotos y afilados, y detrás palmeras esbeltas. El resto es ternura. Promesa de muchos más veranos como aquel.

El adolescente sostiene perplejo a la criatura, flanqueado por la joven madre y la abuela que sonríen. El joven padre está situado de perfil a cierta distancia.

La bella abuela un día hace veinte años cruzó a pie los Pirineos por un valle apacible. Llevaba en cada mano una hija de corta edad. Vestían las tres en capas sobrepuestas toda la ropa que pudieron rescatar de la maleta que quedó atrás. Iban llenando de flores una cestita, fingiendo

un paseo bucólico y caminando poco a poco pasaron la raya de Francia: huían de la represión y del miedo.

El joven padre que contempla la escena, cuya figura agranda la perspectiva, también huía más de veinte años atrás. Debido a los bombardeos intensos de la población civil de Madrid, sus padres aceptaron el traslado organizado por el Instituto-Escuela que mandaba niños y niñas al ilusorio remanso de Moscú. Antes de la partida, se deleitaba estudiando con sus compañeros la larga ruta sobre el mapa, contando los países que deberían recorrer. Algunos niños lloraban desesperados, otros se jactaban de semejante aventura. Él también. Pero sabía en secreto que sus padres habían urdido otros planes: en la parada técnica que la fila de camiones hiciera en Barcelona, algún familiar iría a rescatarlo. Así fue, y transcurrió la guerra protegido por los cuidados de un pariente y de otro. Cuando por fin la guerra terminó, celebraron la victoria, y la paz les fue favorable.

Mientras tanto, la joven madre que ahora sonrío a su lado, emprendía el largo camino de la retirada republicana. Llegó de niña a París, a un prolongado exilio que la obligaría a presenciar una segunda guerra, justamente la Segunda. Creció rodeada de literatos y artistas, de políticos comprometidos con una realidad destruida que anhelaban poder reconstituir, y que nunca lo lograron en los decenios que aún les quedaba por vivir. Algunos embarcaron hacia las Américas. La futura madre y los suyos soportaron el París ocupado, celebraron el París liberado, se ajustaron al trato variable que el exilio les deparó. Los alimentos que recibían las familias con hijos permitían a la abuela convertir mendrugos de pan en manjares sabrosos y saciar a los compatriotas que llegaban hambrientos. Era la solidaridad en tiempos de penuria.

El joven padre creció en los tiempos de silencio. Orden y olvido. Reconstrucción e himnos militares. Libertad de expresión reprimida. Consignas inmovilistas. Religión y deporte intenso para lograr la meta *mens sana in corpore sana*.

En aquellos tiempos, los que se quedaron en el país y los que habían marchado formaban bandos irreconciliables, separados por insalvables distancias.

Pero un buen día, cuando ya el turismo acudía tímido e incipiente al país, el joven y sus amigos se propusieron ir a buscar suecas a la isla que se divisaba en el horizonte. No las había. En cambio dieron con un grupo de muchachas liberadas del exilio, de un clan del otro bando, desconocido e intrigante. El encuentro fortuito borró temporalmente las dos realidades, las dos miradas divergentes hacia ese mismo mundo donde imperaba la división. El amor acercó posiciones. Y nació la criatura que sostiene el adolescente, y que iba a crecer escuchando los cantos de sirena de ambos bandos.

Osamenor

ANAGNÓRISIS



Fue como despertar de madrugada pensando no, este no es mi cuarto,
 es *nuestro* cuarto (¿pero entonces dónde estás?) y vislumbrar
 en la penumbra que hay algo, un retrato, un retrato tuyo en esa
 pared, que no puede existir (sólo en sueños podría yo tener
 un retrato tuyo en mi cuarto, o vos uno mío) y de golpe y
 sin razón adivinar, como el ciego intuye la presencia de otra
 persona en una habitación, que el rostro que me mira (y no me
 atrevo a mirar) no es el tuyo sino el de una criatura desconocida
 y espectral, o quizá sólo espectral, y entonces *querer* mirarte,
 demostrarme que no, no, y al levantar la vista, cada vez,
 sentir que me empujan al vacío, que no hay abajo o arriba,
 y que esa ola de terror no la desencadena la visión en sí
 sino su irremediable vaticinio; luchar, luchar entonces
 contra las sábanas que se ensortijan en mis piernas
 y extender la mano hacia el interruptor de la luz, que
 se aleja de mí a cada intento, decirme tengo que
 verte a la luz, convencerme de que no es nada, de
 que no sos nada, despertarme; pero cómo me cuesta
 incorporarme, con esos brazos que me aferran y
 me arrastran hacia la cama, manteniéndome
 en la fantástica incertidumbre de
 Todorov; qué absurdo luchar
 de rodillas sobre la cama
 contra una boa de trapo, contra
 un alter ego que no me
 deja despertar y me revuelca
 lascivo en este horrible torbellino
 y sólo en él parece estar a gusto;
 y por fin, qué oportuna esa bestia
 disfónica que siempre brama a las siete,
 rescatándome a tiempo y llevándome de vuelta
 a la casa, la cama matrimonial, las tostadas,
 el café, la radio, para mucho más tarde,
 o nunca, comprender que la pesadilla
 es la casa, la cama matrimonial,
 las tostadas, el café,
 la radio, y que lo
 único que vos
 y ese alter
 ego querían
 era des
 per
 tar
 m
 e
 .

Sebastián de la Sierra

AUSENCIAS



“Me dijeron que en el desierto te encontraría. Y hacia allá partí. Pero no te encontré. Me encontré a mí misma. Así fue como volví y éramos sólo uno”.

Siempre olvidáis un pequeño detalle y es que un día moriréis. Por mucho que os duela, un día volveréis al polvo que os vio nacer. Pese a todo lo que hagáis, cada día es una carrera desenfrenada hacia mí, cada día más cerca de mí estáis, y sin embargo, seguís haciendo y deshaciendo, yendo y volviendo. Seguís soñando. Aun no habéis despertado del sueño que os envuelve, aún seguís dormidos. En mi mundo solo existe una eternidad infinita. Reina una tranquila serenidad que nada altera. En el vuestro, las vidas empiezan y acaban, todo es fugaz. Nada dura. Esa es la razón por la que os he dado el don de la palabra - “y el verbo se hizo carne”- para que recuperéis la memoria que os habitaba antes de que la olvidarais al nacer. ¡Cuántas vidas desperdiciadas! Pero no hay caso. Y el tiempo va pasando con sus días y sus noches y resulta que sólo despertáis del sueño al morir y descubrís que la muerte va descorriendo cortinajes del otro lado del

espejo en el que nunca visteis que la realidad no era la que os devolvía vuestra imagen sino una profundidad que siempre estuvo vedada a vuestros ojos.

Es cierto, un día, que esperamos muy lejano, moriremos y habremos pasado a mejor vida. Llevamos una vida ajetreada que nunca nos deja tiempo para pensar en la muerte. Tampoco sabremos nunca tampoco cuándo y dónde nos clavarán los dientes la muerte. Y así seguimos viviendo, pensando que un día vivido es un día gozado. Pero lo que vamos es perdiendo y no ganando. En el fondo, es todo cuestión de perspectivas.

Esta es mi familia. O más bien, era. Papá ya no está. Soltó amarras este invierno e inició el camino de regreso. Éramos siete en total. Ahora quedamos solo seis hasta que no quede ya ninguno y la misma foto descolorida por el tiempo que pasó, orne el velador del salón de alguno de los gemelos como un recuerdo más.

A veces siento ganas de cerrar los ojos como lo hizo él para no volver a abrirlos nunca más. Quiero como él dejar de respirar para ver cuánto aguanto. Para imaginar lo que sintió cuando saltó al vacío sin que nadie le diera la mano. A veces siento que está a mi lado, como ahora. He venido al desierto a buscarlo y frente a mí, me sonríen sus ojos diciéndome que he hecho bien viniendo hasta aquí, que me acompaña, no tengo que preocuparme. Y siento que no puedo tocarlo ni escucho su voz ni siento su olor. Sólo sus ojos, su mirada fija, observándome, remeciendo mi interior más profundo.

Nunca más volveré a decirte ¿papá? No volveré a leer tu letra ni podré volver a susurrarte al oído: ¡papá te quiero mucho! Ahora solo me queda la alegría de habértelo repetido hasta la saciedad, siempre una y

otra vez, ¡papá te quiero mucho, mucho, mucho! Aunque la última vez en el hospital y por esas cosas que tiene la vida, no me despidiera de ti. Tuve que salir por piernas sin siquiera una caricia o un beso. Una simple mirada me bastó. Estabas dormido. ¿Para qué despertarte y entristecerte con mi partida? Uno siempre piensa que los seres queridos siempre estarán ahí cuando uno los busque.

La vida entrega con una mano lo que quita con la otra, como la mamá que le exige al hijo un beso antes de darle un caramelo. Yo te quise y tú me quisiste también. Por momentos me invade el vacío de tu ausencia. Tú ya no estás y yo te echo de menos. Y este desierto inmenso que me rodea que es vacío y plenitud al mismo tiempo: la ausencia de ti y la presencia que vengo buscando, la tuya, aunque tú ya no estés. Quiero seguir amarrada a ti, no dejarte ir. Y recuerdo... “Todo cambia, nada queda, solo dios basta”.

En chino el carácter que significa cero (零) y el que significa cambio (变) son los que más me gustan. No dejan de maravillarme por su equilibrio y armonía. Y sin embargo son los dos mayores tormentos para el hombre: vacío y cambio. Más aún porque somos pobres de espíritu pues no vemos el todo en la nada y ni el valor saludable del cambio. No tenemos consciencia del orden profundo que rige el universo en constante evolución y movimiento. Por eso cuando falleciste, vinieron a buscarte los hombres de negro, las caras compungidas de fingida aflicción. Las sábanas calientes aún, como un objeto inservible. Había que sacarte de casa, de tu cama, no verte más. Cuando llegué a Madrid ya eras un montón de cenizas.

Fuimos las tres a buscarte al día siguiente y las tres te cargamos. Cabías en una urna pesada aunque sólo fueses cenizas, huesos y carne convertidos en polvo. Te llevábamos en brazos como un bebé. De

repente, volvías a caber en mi regazo y pude remansarte entre mis brazos como tantas veces lo habrás hecho tú conmigo aunque yo ya no lo recuerde. Los roles se invertían y yo asumía el que la vida no me ha dado: el de ser madre.

No volverán tus manos a besar la mías con ese gesto que solías hacer. No volverán mis ojos a ver tu sombra ni mis pies a pisar tus huellas. Volverán las aves migratorias a sus nidos y los frutos a sus cáscaras, la savia al árbol y la sonrisa al rostro del niño. Pero tú no volverás. O quizás vuelvas a todos ellos y en cada uno te conviertas en andanza, fruto o risa.

A diferencia de dios que es, está y sigue estando, tú fuiste y no volverás.

Sylananavona

LISTA DE AUTORES Y LECTORES

AUTORES

José Bermúdez Romero
Gemma Capellas Espuny
Javier Casais
Fernando González
Eduardo Kahane
María del Mar Moya
Sylvia Navone
Itziar Otegi Aranburu
José María Perazzo
Tomás Pons
Virginia Prieto-Fineberg
Margarita Serrano García
Guillermo Alberto Toth Nagy

LECTORES

Mauricio Duque Ortiz
Fernán González
María Eliana Inostroza
Carlos Llull
Patrocinio López Herrada
Mercedes Mendoza
Ferrán Mercadé
Óscar Nabais
Carlos Oppenheimer
Joana Sancho